

LUZÁS

Pueblo de la Ribagorza perteneciente al municipio de Tolva, del que dista 12 km en dirección norte. De Benabarre lo separan 20 km. A 786 m de altitud, está situado sobre el valle del río Cajigar y a las espaldas de la sierra de la Millera, al abrigo de un montículo donde se alza la torre del castillo. El reducido casco urbano, que conserva su traza medieval, está presidido por el soberbio edificio de su iglesia parroquial situada en llano en la plaza Mayor, prácticamente en el límite septentrional del caserío.

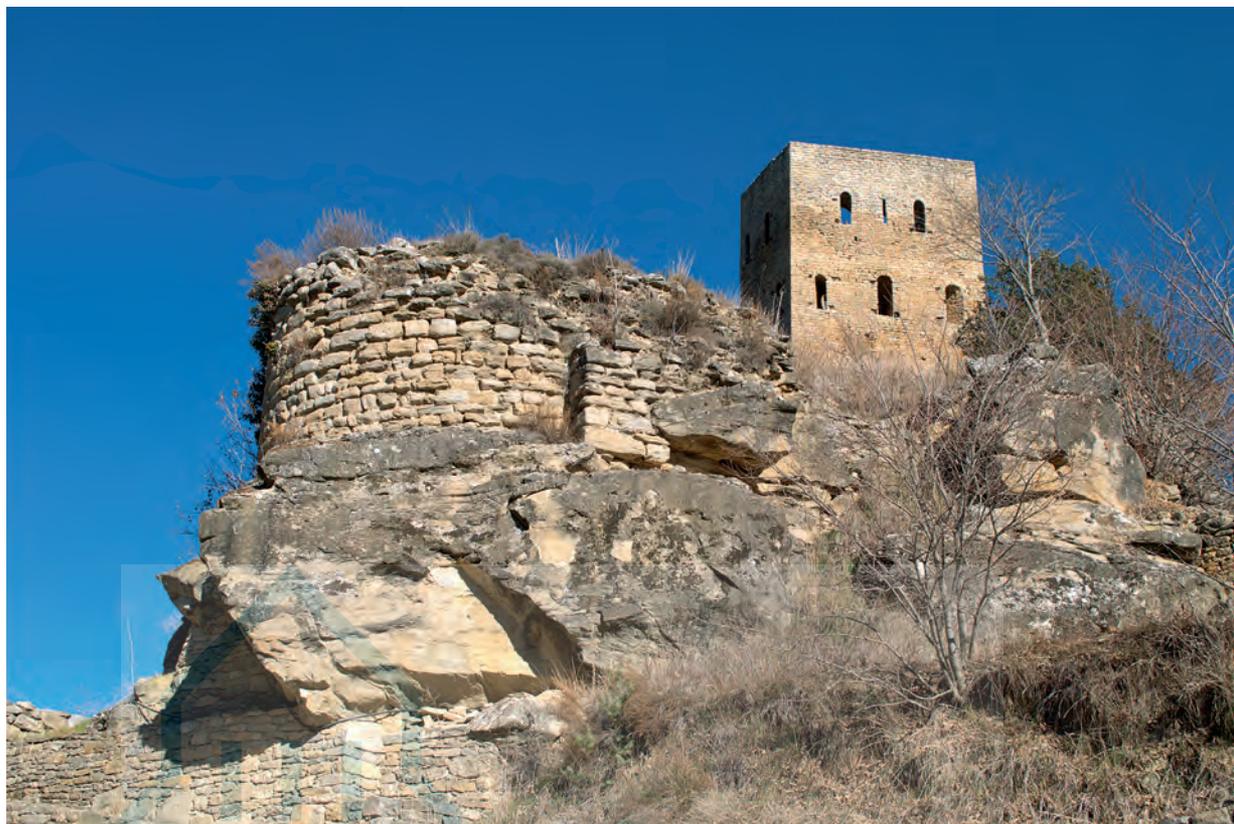
Las primeras menciones documentales conservadas sobre Luzás datan del reinado de Ramiro I de Aragón, quien en mayo de 1044 donó al monasterio de San Victorián un excusado y su familia *in villa Luzares*. Al año siguiente, este monarca otorgó a don Elia, su esposa, hijos y nietos, *qui estis in castro Luzares*, una franqueza sobre los tributos y servicios que debían hacerle como vecinos del lugar, entregándolos junto con la décima sobre su alodio, al mismo monasterio de San Victorián; este instrumento es aprobado por el primer teniente conocido del castillo, Eximeno Fortuniones, quien también aparece como tal en otros documentos del año 1062.

Es muy probable, no obstante, que esta tenencia no dependiera directamente del rey de Aragón sino de Arnau Mir de Tost, el famoso caballero urgelitano que contribuyó tan decisivamente a la conquista cristiana de esta zona de la Ribagorza; él fue quien debió de poseer en feudo este castillo junto con otros cercanos como los de Viacamp, Fals, Lascuarre o Laguarres, en compensación por la ayuda prestada a Ramiro I para arrebatarlos a los dominios del Islam. De hecho, en su testamento, dictado en 1071, Arnau Mir dejaba a su hija Letgarda y a su nieto, el vizconde Gerau Ponç de Cabrera, que estaba al servicio del rey Sancho Ramírez, la tenencia de todos esos castillos.

Algunas décadas más tarde, el enclave de Luzás había abandonado la órbita de los vizcondes de Áger para pasar a depender de los condes de Pallars Jussà, en un documento de 1136 figura

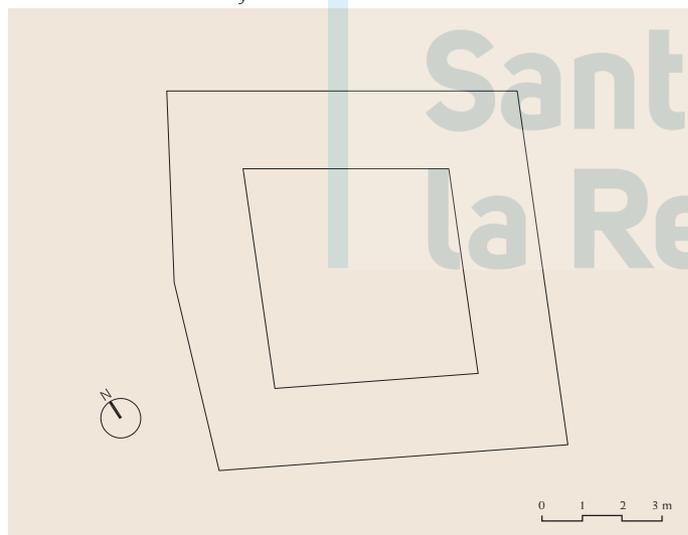
Vista general del pueblo



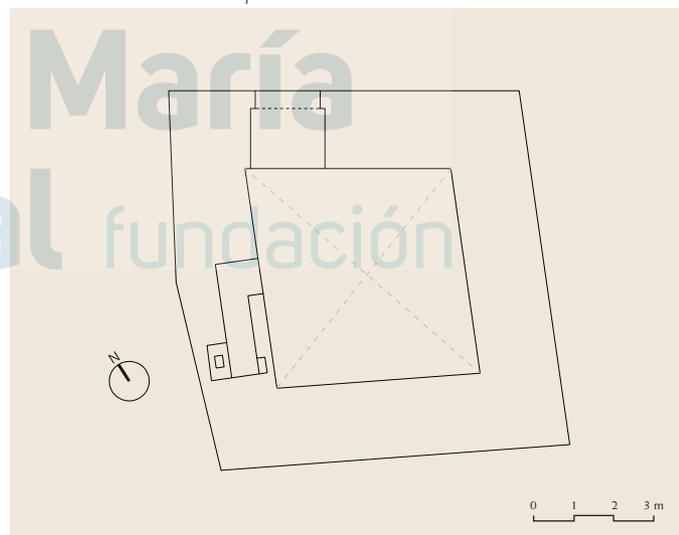


Torre y restos de un cubo de la muralla

Planta de la torre del nivel inferior

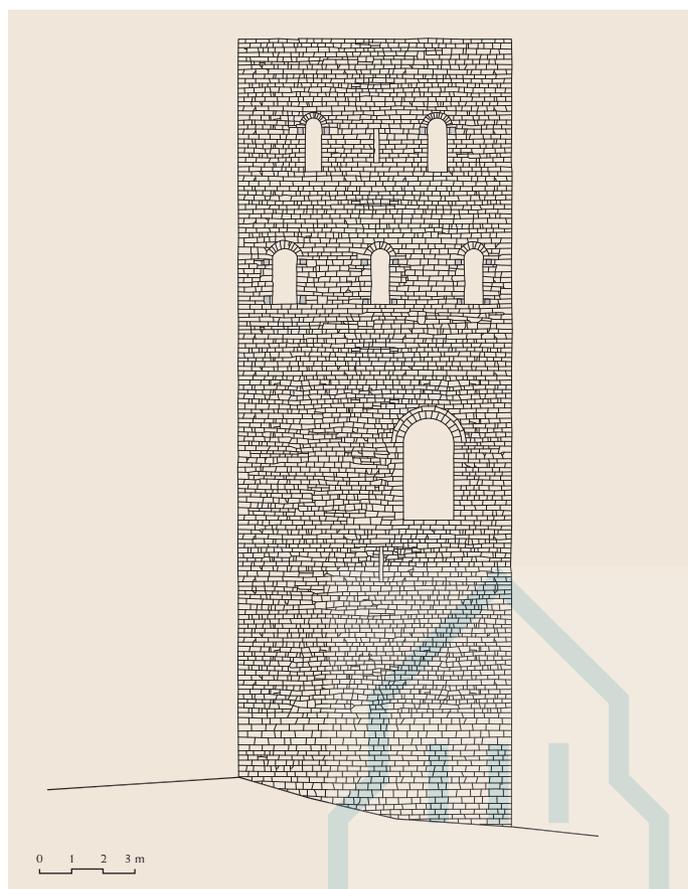


Planta de la torre del nivel superior

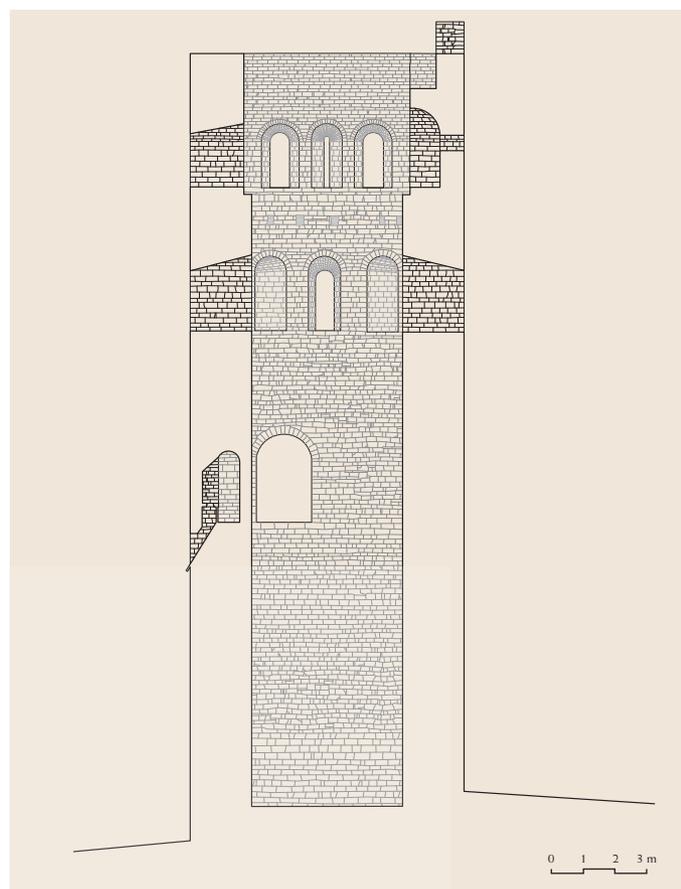


La existencia de dos niveles de ventanas superpuestos y alternados es una peculiaridad de esta torre que solo se encuentra en algunos ejemplares aislados de fortificaciones aragonesas, como Biel o Marcuello. Frente a estos, sin embargo, en Luzás la disposición escaqueada de los vanos es más armoniosa y eficaz desde el punto de vista defensivo, lo que se logró mediante un recurso inteligente que llevaba aparejada cierta complejidad técnica: el trazado en esviaje de las bóvedas

de los vanos laterales del primer piso. Arbitrando esta solución, en vez de la habitual de horadar el grosor del muro transversalmente, los vanos se podían espaciar más y colocarse muy próximos a las esquinas, de forma que las aberturas del piso superior, practicadas en el tramo correspondiente al intermedio entre ellos pudieran cubrir la defensa de prácticamente todo el perímetro de la torre. De otro modo, quedaban desguarnecidos precisamente los puntos más frágiles del edificio.



Alzado norte



Sección norte

En cuanto al remate, aunque en la actualidad está muy perdido, se advierte por los restos que quedan en la cara este que la torre concluía su obra en piedra con un perfil almenado; sin embargo, no se trataba propiamente de almenas, sino de amplios vanos cuadrados, tres por cada cara (cuatro en la occidental) cuyo dintel estaría formado por las vigas de madera que sostuvieron la techumbre, seguramente a cuatro aguas y no en terraza como parece por su aspecto actual.

La obra en madera, de hecho, debió ser importante en este edificio pues además de en la techumbre se usaría este material para formar los cadalsos que protegerían las ventanas. Así lo atestiguan los mechinales que las rodean, preparados para que en ellos encajaran estructuras de madera desde las que podría ejercerse más fácilmente la defensa vertical. En el piso superior, justo bajo el tejado, probablemente habría un cadalso corrido. También se protegería con madera la puerta, situada como se ha dicho en alto y a la que se accedería por una escalera de mano, móvil o fácilmente eliminable en caso de peligro.

Interiormente la torre estaba estructurada en seis pisos: los dos de abajo destinados a almacén, el tercero a habitación y los tres superiores a la defensa, el más alto de ellos con función principal de atalaya. La separación entre pisos se realizaba mediante solados planos sobre vigas de madera que

apoyaban en los correspondientes retranqueos de los muros en cada nivel, en algunos casos se advierten los mechinales donde iban encajadas las vigas de sostén, y en el segundo piso, en el muro este, quedan cuatro ménsulas de piedra que sirvieron para sujetar una viga transversal.

El piso inferior es ciego y en el segundo se abrieron tres aspilleras. El tercero es el que aloja la puerta, que se dispuso junto a la esquina occidental del muro norte; presenta un arco de medio punto doblado al modo de otras fortalezas aragonesas como las de Abizanda o Loarre, aunque las dovelas del arco interior fueron arrancadas y han sido repuestas en una reciente restauración. El grosor del muro se salvó con una bóveda realizada mediante encofrado. Todavía se conserva uno de los goznes que sujetaban el batiente de madera. También en este piso se ubicó la letrina, alojada en el interior del muro oeste, que es el más grueso debido a su acabado angular. Se accede a ella a través de un pequeño corredor abovedado dispuesto en paralelo a la dirección del muro. El pequeño cubículo del retrete desaguaba al exterior mediante una losa colocada en diagonal y en saledizo. Se ha aducido la existencia de esta letrina, que abona la condición de esta torre como lugar de residencia como la causa de que el muro occidental adoptase su forma saliente, dando a la planta forma poligonal; sin embargo, parece más probable que la construcción de

un muro de semejantes características, tan grueso y elevado, no se justifique por esta función que, constructivamente, es menor sino que más bien se debería a necesidades de refuerzo defensivo de la vertiente más vulnerable del edificio.

Desde el interior, los vanos de los pisos de defensa ofrecen aspecto de galerías corridas de arcos abocinados. En el piso superior, también las aspilleras centrales se plantearon con el mismo sistema de abovedamiento que las ventanas; en el caso del muro este, el espacio que precede a la pequeña aspillera constituye en realidad una capilla destacada del resto por una base más alta y por el saliente que forman las jambas; sin duda era importante contar en caso de peligro o asedio con un elemento de refuerzo espiritual para los combatientes. Una capilla similar se halla en la cercana torre de Viacamp.

La torre fue restaurada y consolidada en el año 2009. En el perímetro de la plataforma, por su lado este, quedan algunos vestigios del recinto murado que protegió a la torre, así como dos cubos semicirculares levantados en los ángulos de la misma. Ambos están contruidos con sillarejo regular, de características similares al material utilizado en la torre. El del extremo sur, que conserva un paramento de unos 2 m de altura, se levanta sobre un espolón rocoso reforzado en su parte inferior por un muro de sillares y enlaza con el muro del recinto mediante un retranqueo de unos 30 cm y a su lado seguramente se situó el acceso al conjunto defensivo.

Por su estrecha relación con los castillos de Abizanda, Fantova y Viacamp, se ha datado la construcción del de Luzás a mediados del siglo XI, tras la reconquista del lugar por Ramiro I y las huestes de Arnau Mir de Tost. Es probable que fuera este caballero urgelitano el encargado de fortificar la plaza, que desde luego estaría ya levantada en 1062, cuando se cita a su primer teniente conocido.

Tanto por su majestuosidad y belleza como por sus dimensiones, peculiaridades constructivas y calidad de ejecución, es una de las torres más destacadas del románico oscense.

Texto y fotos: MSM - Planos: IAT

Bibliografía

AA.VV., 1996c, pp. 492-499; ARAGUÁS, P., 1979, pp. 205-224; ARAGUÁS, P., 1983, pp. 61-76; ARAMENDÍA, J. L., 2001a, pp. 77-81; BOIX POCIELLO,



Torre

J., 1987, pp. 55 y 65-66; CAMARENA MAHIQUES, J., 1966, pp. 21-22 y 109-110; CASTÁN SARASA, A., 2004, pp. 336-339; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 276-278; GALTIER MARTÍ, F., 1989a, pp. 271-282; GÓMEZ DE VALENZUELA, M., 1982, pp. 5-6; GUITART APARICIO, C., 1976, I, pp. 117-118; IBARRA Y RODRÍGUEZ, E., 1904, doc. 32, pp. 61-63; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 3, pp. 43-50; MARTÍN DUQUE, Á. J., 2004, docs. 16, 20, 23 y 31, pp. 26-28, 34-36, 40-42, 50-54; SERRANO Y SANZ, M., 1912, pp. 489-491; SINLÉS RUIZ, A. y UBIETO ARTETA, A., 1986, p. 198; UBIETO ARTETA, A., 1984-1986, II, p. 808; VILLANUEVA ASTENGO, J., 1803-52, XV, pp. 373-374; VIRUETE ERDOZAIN, R., 2006, pp. 13-22; YELA UTRILLA, J. F., 1932, pp. 17-18.

Iglesia de San Cristóbal

PRECEDIDA DE UNA PEQUEÑA PLAZA arbolada sobre un terreno en ligero desnivel hacia el Sur y formando la linde entre el pueblo y el campo abierto, se encuentra la parroquial de Luzás. Es un edificio elegante y sobrio, de planta basilical de tres naves coronadas por otros tantos ábsides, con cubierta a dos aguas y torre en su esquina noroccidental.

Está construido en sillería bien trabajada y aparejada, a base de piezas de mediano tamaño que se disponen en hiladas regulares; en definitiva, una buena obra de cantería.

Del exterior, la parte más destacable es la cabecera formada por tres ábsides semicilíndricos alineados, orientados aunque con una ligera desviación hacia el Norte. El central es



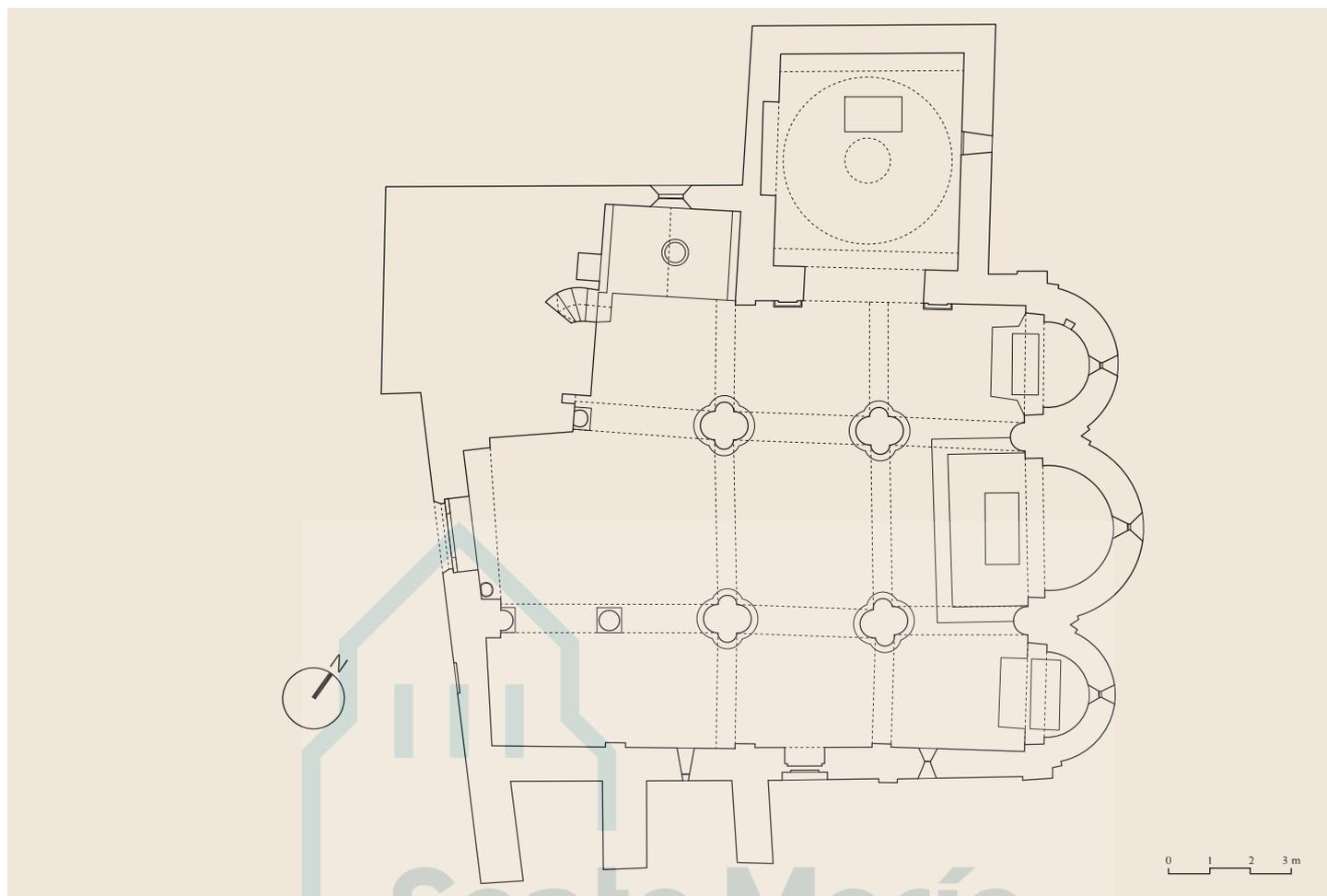
Vista general del emplazamiento

de mayores dimensiones, como corresponde a la mayor altura y anchura de su nave, pero la diferencia de proporciones no es muy notable de forma que el conjunto de las naves puede recibir una única techumbre a dos aguas. Bajo los tejados de los ábsides, que son de losa, corre un alero decorado con ajedrezado de tipo jaqués, sostenido por una serie de canecillos tallados con figuras geométricas y cabezas de animales, de labra un poco tosca. En el centro de los cilindros absidales se abre una ventana aspillerada en arco de medio punto abocinada. En los puntos de unión entre los tambores se advierte la presencia de lesenas que no llegan hasta el alero, dando la impresión de que inicialmente se había previsto otro remate para los ábsides, que finalmente fueron levemente recreados para acoger la decoración descrita.

Por encima de los ábsides sobresale el muro del hastial, peculiaridad que se da en muy pocas iglesias románicas, entre ellas la del monasterio de Alaón. En ese muro se marca la separación entre las tres naves por medio de lesenas. En el centro de los espacios resultantes, sobre cada uno de los ábsides, se abre una pequeña ventana cruciforme con el brazo inferior ligeramente más largo, realizada por el sencillo método de disponer los sillares dejando el hueco adecuado para obtener la forma de la cruz. El alero de este muro, de muy escaso desarrollo, se sostiene también por canecillos de labra más fina

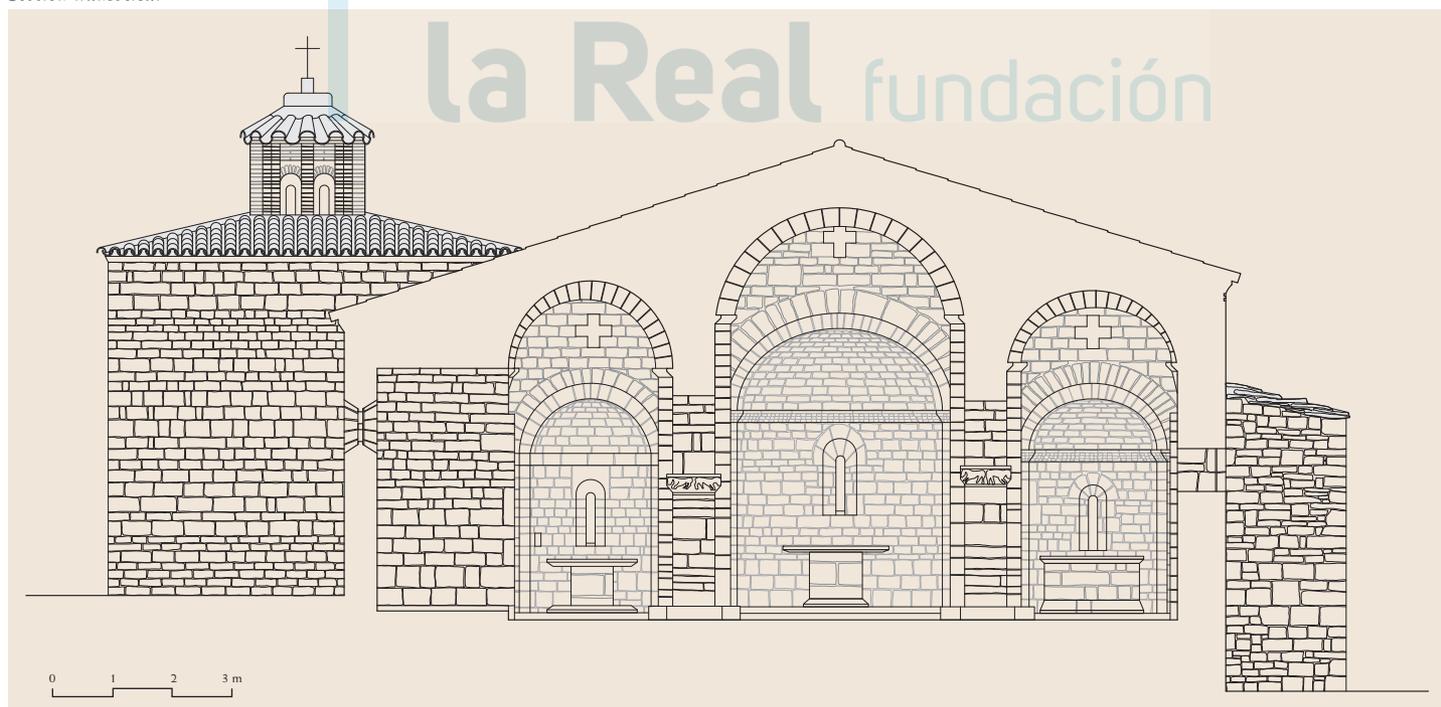
que la de los vistos bajo el taqueado de los ábsides, muestran pequeñas cabezas humanas, alguna de animales, rollos, volutas, un pájaro, un motivo en aspa y otro, el del remate del hastial, que muestra una cruz inscrita en un círculo que se prolonga en un vástago inferior flanqueado por dos bolas. La pilastra o lesena del extremo septentrional va coronada por un cimacio ornado por un motivo de palmetas tripétalas con dos roleos que salen de su tallo.

De los muros laterales solo puede apreciarse la obra original románica en el del sur puesto que el lado norte fue muy modificado con la adición de capillas posteriores, una, más cercana a la cabecera, barroca y otra central, gótica; el tramo más occidental, por último, fue ocupado por la torre. Así pues, la atención se centra en el muro meridional, articulado como el del hastial que sobresale por encima de los ábsides en cuanto al aparejo constructivo y a la presencia de lesenas que señalan los tramos de la nave. Cuenta con un breve alero formado por una sencilla moldura biselada bajo la cual, en los dos tramos orientales, se dispusieron dos hiladas de sillares soportados por canecillos lisos, cinco en cada tramo; en los dos tramos restantes, los de la mitad occidental, se colocó en cambio un friso corrido de taqueado en tres hileras, aunque no talladas sobre sillares, sino formadas por pequeñas piezas de piedra, como dados, colocadas al tresbolillo, al modo del

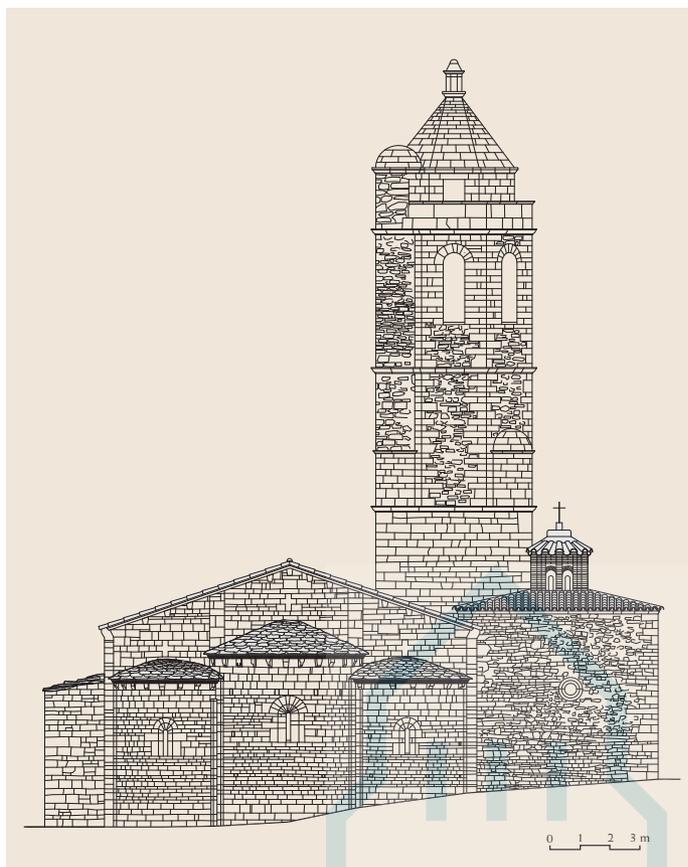


Planta

Sección transversal



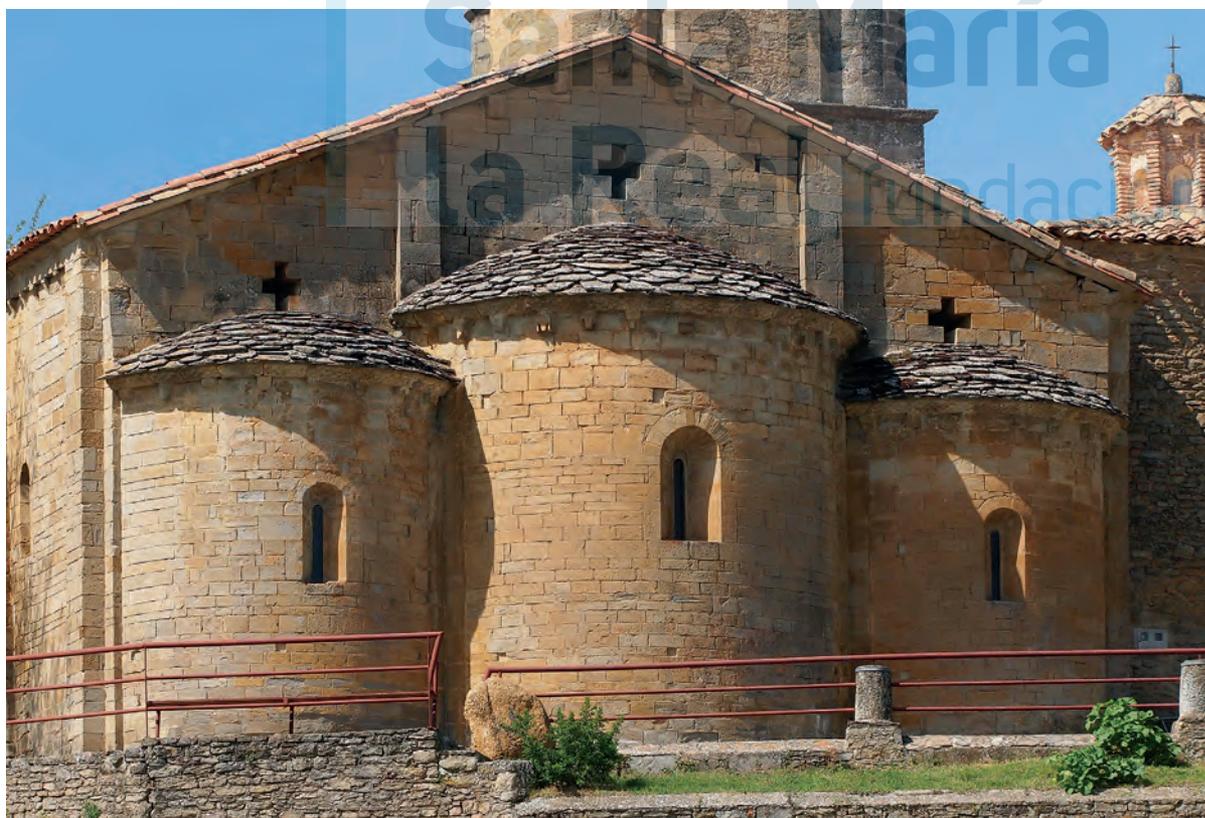
Santa María
la Real fundación



Alzado este

singular "taqueado lombardo" que aparece en la iglesia de Alaón. Esta mitad occidental del muro fue reforzada posteriormente por tres gruesos contrafuertes de aparejo mucho más basto, situados en coincidencia con las lesenas.

En el segundo tramo oriental de este muro se abre una estrecha puerta en arco de medio punto, hoy tapiada, colocada a unos 50 cm desde el suelo. Presenta un tímpano tallado y levemente rehundido que se apoya sobre pequeñas jambas también retranqueadas, lo que en conjunto le da aspecto de puerta adintelada protegida por un arco. Este último, formado por pequeñas dovelas, entrega en dos impostas talladas con figuras antropomorfas en posición horizontal, acompañadas de animales o de cabezas de seres fantásticos. La talla está bastante perdida en algunos casos. El tímpano está decorado con varios motivos incisos en relieve de poca profundidad, muestra una cruz patada con brazos desiguales de extremos cóncavos y a su alrededor una serie de símbolos que carecen de interpretación hasta la fecha. Aparecen, en la parte superior izquierda, una Υ (*ípsilon*) inscrita en un triángulo, en la inferior izquierda, un nudo o lazo de cuatro puntas formado por semicírculos intersectados inscrito en dos círculos concéntricos, y lo que parece ser una mano con dos inscripciones en su interior; en la superior derecha, una beta o una omega invertida, y debajo las letras MAR y en la inferior derecha, un motivo serpentiforme. En la parte exterior del tímpano, separada por una doble incisión semicircular, queda una faja lisa con inscripciones en parte perdidas



Ábsides

en la que solo se alcanza a leer, en el lateral izquierdo, la palabra *PETRUS*.

Esta pequeña puerta lateral fue, tal vez, un acceso secundario que pudo dar a la zona de cementerio, como ocurre en muchas otras iglesias románicas. La puerta principal se hallaba, como la actual, en el muro de poniente, ligeramente desviada hacia el Sur. Pero esta que hoy vemos no es la original, sino el producto de una reforma posterior, posiblemente del siglo XVI, formada por un arco de medio punto a base de grandes dovelas, al modo de las grandes portadas civiles de esa época. Bajo la última dovela de la derecha se aprecia una pieza alargada tallada con un motivo de espiga muy perdido que posiblemente fue reaprovechada de la puerta antigua.

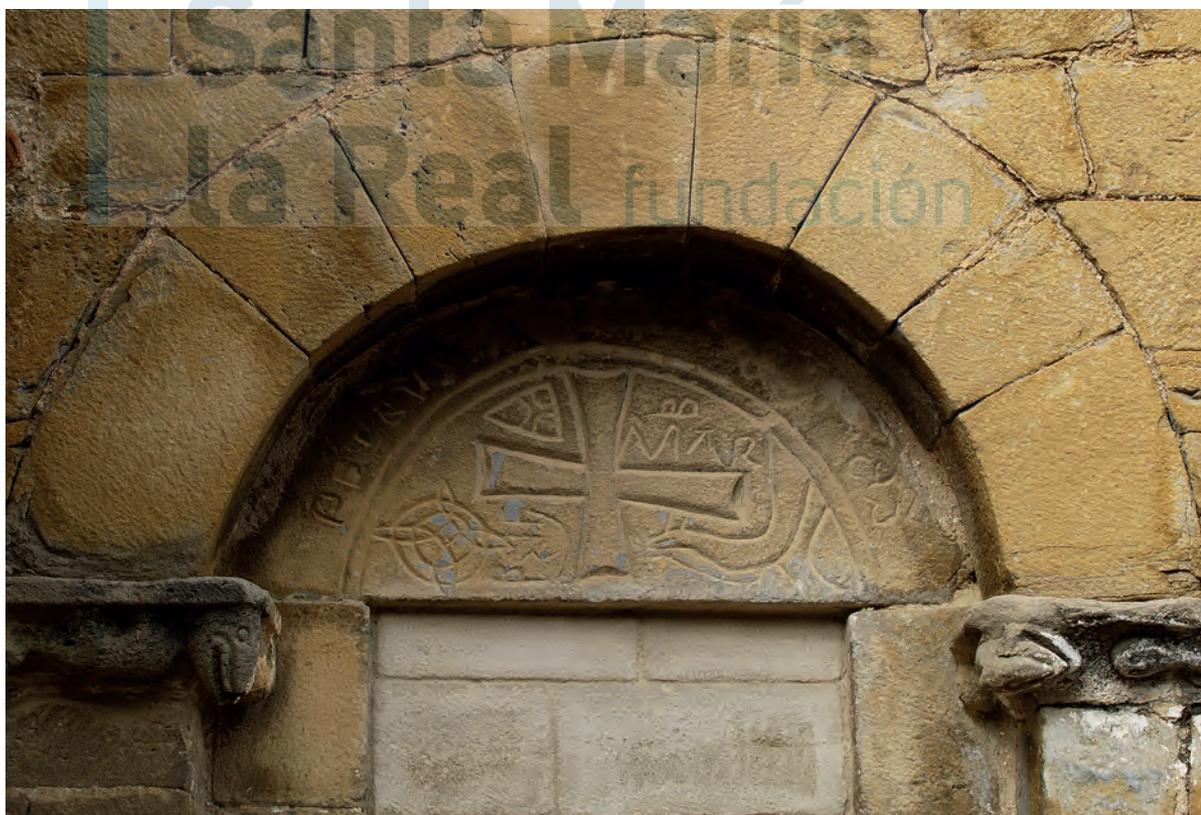
Sobre la portada hay un óculo producto también de una reforma posterior, que tal vez sustituyó a una ventana anterior, en un plano inferior y hacia la derecha se abre una estrecha ventanita adintelada. Hubo otra puerta más, hoy tapiada, en el lado meridional del muro en correspondencia con la nave lateral. Es adintelada y sin atisbo de decoración. La única ornamentación de este muro de poniente es la faja de taqueado que corre bajo el alero, similar a la que existe en el muro sur.

La torre, situada en la esquina noroccidental del templo y que ocupa por completo el tramo final de la nave norte, es de planta cuadrada en sus dos cuerpos inferiores y octogonal en los dos superiores. El paso entre unos y otros se articula mediante cuatro pequeñas torretas semicilíndricas adosadas

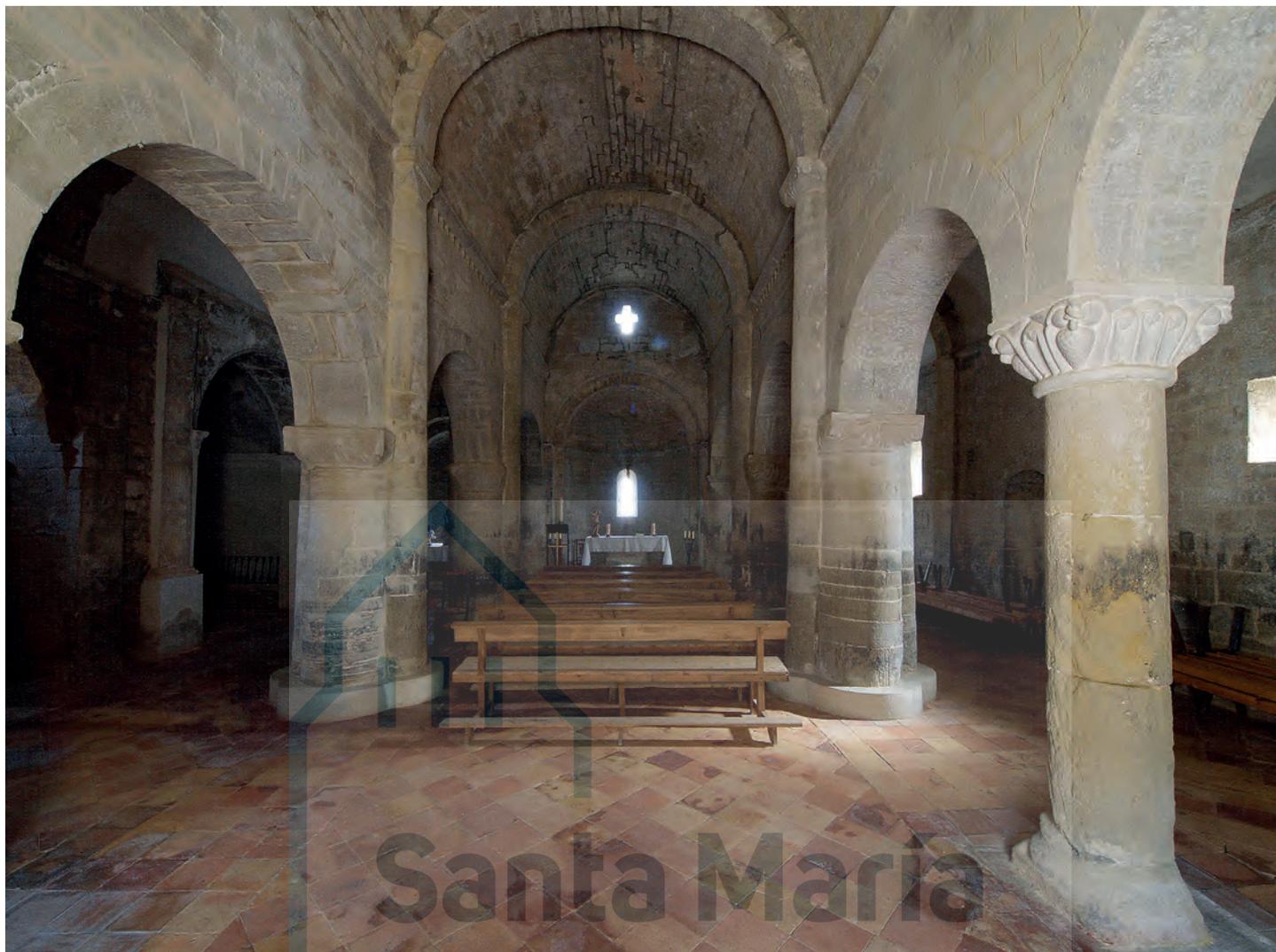
a las cuatro caras del octógono que se corresponden con las esquinas del segundo cuerpo cuadrado; la de la esquina suroccidental recorre en altura los dos cuerpos superiores y aloja las escaleras de acceso al campanario. Es obra del siglo XVI, que corresponde a la tipología habitual en otras de esta zona y época como las de Lascuarre, Laguarres o Castigaleu.

En el interior el espacio da la sensación de ser más ligero y amplio de lo que realmente corresponde a sus proporciones, debido a la notable altura de la nave central y a la luminosidad procedente de la zona de los ábsides. Las tres naves se cubren con bóvedas de cañón reforzadas por arcos fajones. La separación entre los tres espacios se realiza mediante arcos formeros de medio punto y mucha luz que apoyan en gruesos pilares con semicolumnas adosadas y con capiteles tallados. Estas semicolumnas forman parte de un sistema de apeos que constituye otra de las singularidades del templo, pues los pilares sobre los que carga toda la estructura llevan adosadas tanto las semicolumnas de los arcos formeros como las que sirven de soporte a los fajones, estas últimas mucho más finas y altas, lo que en conjunto da como resultado una especie de pilar cuadrilobulado, con lóbulos de diferente tamaño.

Las semicolumnas de los fajones rematan también, en la línea de impostas, con capiteles tallados, en este caso de factura más fina que los que sostienen los arcos formeros. Son tres los fajones que sostienen las bóvedas, uno en la separación entre los ábsides y las naves y los otros dos en los dos tramos siguientes, mientras que los dos tramos de la parte



Tímpano del muro sur



Interior

occidental del templo, más cortos, llevan bóveda corrida. Esta última parte de la iglesia difiere también en cuanto a los soportes, que ya no son compuestos sino columnas sencillas; de ellas solo una es exenta y es la que separa los dos últimos tramos del lado sur, mientras que la última de este lado viene adosada al muro occidental. Enfrente, en la división entre las naves central y norte, solo hay un arco formero y por tanto, un solo apoyo en forma de semicolumna adosada al muro, que es macizo en el último tramo hasta los pies debido a la presencia de la torre. Esta última, como ya se ha comentado, fue levantada en el siglo XVI pero debió de sustituir a otra anterior, a juzgar por el difícil engarce entre la nueva construcción y este muro macizo de los pies, que es evidentemente anterior.

La última diferencia entre la mitad oriental de la iglesia y la occidental es la presencia de un friso decorativo a base de esquinillas en la línea de imposta bajo la bóveda central, que existe solo en los dos primeros tramos de la nave central.

Es destacable la labor escultórica de los capiteles que parecen deberse al menos a dos manos, mucho más finos de

labra los de las semicolumnas que sostienen los arcos fajones y los de las columnas de los tramos occidentales y más sencillos, incluso toscos, los que reciben los arcos formeros en la mitad oriental. El repertorio decorativo desplegado en ellos se circunscribe a un conjunto de motivos vegetales, geométricos y animalísticos que se repiten a menudo, faltando absolutamente la figura humana. En los capiteles de la parte alta de la nave central, sobre los que se apoyan los fajones se tallaron únicamente motivos vegetales en relieve algo más abultado y carnoso que el que presentan los de las semicolumnas inferiores. Tres de ellos se ajustan a una misma composición, a partir de dos vástagos que salen de la parte central del capitel y terminan en volutas en las esquinas superiores; de los tres, dos representan palmetas de anchas hojas que forman ovas, mientras que en el tercero esta superficie queda lisa. Tanto en este último como en uno de los dos que tiene palmetas, el centro de la cara central muestra un motivo entre los vástagos mencionados que se repetirá, transformado, en otras ocasiones, de un tallo vertical surgen dos volutas y entre ellas



Capiteles de los arcos formeros

una hojita ovalada. El motivo que aparece en el tercer capitel es solo similar en parte pues del tallo vertical lo que surge es una cruz de cuatro brazos iguales. El del segundo tramo del lado sur es completamente diferente, la cara central forma un triángulo invertido, perfilado, en cuyo centro se ve una rueda de siete radios lisos flanqueada en la parte superior por un triángulo y dos círculos concéntricos.

Los capiteles que reciben los fajones de las naves laterales, esto es, los correspondientes a la parte trasera de los descritos, exhiben una labra algo menos cuidada e incluso uno de ellos aparece facetado tan solo, sin talla alguna. De entre los motivos se repiten, vástagos con volutas, palmetas o tallos con roleos y una pequeña hoja central; aparecen como novedad una pareja de aves afrontadas y un florón en la mitad de la cara central de uno de ellos, este último en el primer tramo que mira hacia la nave sur.

En el caso de las semicolumnas sobre las que apoyan los arcos formeros, su labra se limita a cuatro motivos básicos: incisiones apenas marcadas que dividen la cesta del capitel

en superficies aproximadamente triangulares, en algún caso a modo de esbozo de palmetas; motivos vegetales donde aparece repetidas veces, de manera anárquica pero reconocible, la figura del tallo con roleos y hojita central, series de ovas y parejas de caballos, de relieve y rasgos muy planos, afrontados hacia las esquinas y con las patas delanteras levantadas. Hay que añadir la presencia de dos motivos cuatripétalos, muy esquemáticos, en uno de los capiteles vegetales que adquieren forma de lazos de cuatro lóbulos.

Quedan por reseñar, únicamente, los dos capiteles que separan el último tramo entre las naves central y sur, los más depurados del conjunto, que son muy similares a otros dos que aparecen en el tramo de los pies de la iglesia de Aláon. En uno de ellos, el situado en el muro oeste junto a la puerta, encontramos gruesos frutos con un lazo superior en las esquinas y un lazo de cuatro lóbulos, una especie de "nudo del infinito" en la cara central de la cesta, mientras que en las caras laterales se recrea, una vez más, el tallo con roleos y hojita central, como una esquemática flor de lis. En el que corona la

columna exenta, el centro de las caras muestra carnosas hojas verticales cuya parte superior, enrollada, cobija un fruto esférico; en dos de las esquinas aparecen piñas y en las otras dos, dos aves con las alas plegadas, las patas sobre el collarino y el pico apuntando al pecho, por lo que muy bien podrían ser pelícanos, de clara simbología eucarística.

Pese a que no cabe hablar de un programa iconográfico concreto son reconocibles los significados simbólicos de algunos de los elementos descritos, entre ellos el trinitario de las flores de lis esquemáticas o la alusión a la eternidad que encierran los motivos circulares, perfectos y acabados en sí mismos, o los lazos sin principio ni fin y es posible aventurar, en relación con este último significado, la posibilidad de que algunos de estos símbolos, incluidos los vegetales o los de remate en espiral, hagan alusión al constante ciclo de la vida que eternamente recomienza. Hay tres motivos que en Luzás pueden verse en un mismo capitel o aparecer sueltos en combinación con otros que parecen la versión depurada y refinada de los que aparecen en el capitel de la jamba occidental de la portada de Obarra, son el tallo con roleos y hojita central, la palmeta en la esquina y el vástago rematado en voluta.

No es visible en la actualidad el basamento original del sistema de soportes, al menos en lo que se refiere a los pilares compuestos, por haber sido encarcelada su parte inferior en alguna reciente restauración entre grandes sillares que continúan el perfil lobulado formado por las semicolumnas dado su evidente deterioro. Sí pueden verse parcialmente las basas de las columnas exentas, también muy deterioradas pero en las que puede reconocerse perfectamente su perfil de basa ática, ornamentada con bolas en las esquinas. Bajo las basas se advierte la presencia de una losa que, en realidad, constituiría en otro tiempo un plinto, evidenciándose por tanto, el hecho de que en algún momento el suelo de la iglesia fue recrecido hasta ocultarlos. Así aunque este recrecimiento no fuera más que de unas pocas decenas de centímetros, contribuyó a aumentar el efecto de achaparramiento que ofrecen las semicolumnas que sostienen los arcos formeros en los pilares compuestos, que originalmente poseerían unas proporciones más armoniosas.

Es hora de dirigir nuestra mirada a la triple cabecera que luce diáfana, abierta y luminosa merced a tres factores principales, la considerable altura de las bóvedas, posibilitada por haberse recrecido el hastial oriental sobre los casquetes absidales, la amplitud de los arcos formeros cuya gran luz ofrece la totalidad del espacio de la iglesia, diluyendo la separación arquitectónica entre las tres naves y la claridad que proporcionan los rayos del sol al filtrarse por los seis vanos de iluminación existentes en esta zona, esto es, las ventanas del centro de los ábsides, de medio punto adovelado y doble derrame y las cruciformes situadas sobre cada una de ellas, en el muro del hastial. Contribuye también a esta impresión de diafanidad la relativamente pequeña diferencia de proporciones entre los ábsides central y laterales.

Los tres ábsides van cubiertos con bóvedas de cuarto de esfera de cuidada obra de cantería y realizados por un arco

más amplio que lo precede, a modo de arco triunfal o mínimo presbiterio, esto es, responden a la formulación canónica de los ábsides románicos. Las estrechas ventanas que los horadan en su eje van rematadas por medio punto monolítico y sobre ellas corre una imposta de ajedrezado siendo el taqueado tallado en los sillares, no como ocurre con las pequeñas piezas a tresbolillo en las molduras del exterior de los muros norte y occidental. La imposta del ábside norte fue destruida a golpes de mazo en 1936.

Los vecinos de Luzás guardan memoria de la existencia de una cavidad bajo el ábside de la nave sur, posibilitada por el desnivel del terreno aunque en parte estaba excavada en la piedra. Pudo tratarse de una cripta de reducidas dimensiones que apenas permitía permanecer de pie en su interior.

Esta nave sur, iluminada por un vano abocinado de arco de medio punto en su primer tramo y otro adintelado en el tercero, es absolutamente sobria. Destaca tan solo la puerta, hoy convertida en hornacina, que suponemos daría en otro tiempo acceso al camposanto, previamente descrita. Desde el interior solo cabe mencionar, además de su completa sencillez, la repetición en el tímpano de uno de los símbolos tallados en relieve que figuran en su parte exterior y que es el del lazo de cuatro lóbulos formando una cruz que va inscrita en círculos concéntricos. La bóveda está enfoscada dejando la piedra vista solo en los dos arcos fajones que la refuerzan, el del primer tramo se apea sobre una pilastra adosada a la pared y el segundo descansa sobre una ménsula. Debido seguramente a un replanteo de la obra quedaron sin función otras dos pilastras similares a la primera, muy poco salientes, que señalan la división del muro en cuatro tramos exactamente iguales pero cuya construcción se abandonó antes de llegar a la línea de imposta.

En el muro occidental se constata la existencia de una puerta anterior a la actual, pues sobre el vano de esta última puede verse el arco de descarga de la precedente, más estrecha y perfectamente centrada en el muro. La puerta nueva, más amplia, aprovechó en su construcción la jamba norte de la antigua, por lo que quedó ligeramente descentrada.

La nave del lado norte conserva la bóveda original románica, enfoscada como la del lado sur, pero su muro de cierre desapareció casi por completo con la construcción de dos capillas, una gótica, en arco apuntado, que se puede fechar en los siglos XIV o XV y otra barroca, junto a la cabecera, cubierta con cúpula y linterna y recubierta de labores de yesería. La embocadura de esta última se dispuso a modo de portada clásica con pilastras sobre plinto y arco de medio punto entre ellas rematado por un arquitrabe con triglifos y metopas. Entre ambas queda una pilastra similar a las mencionadas en el muro sur que, como ellas, quedó sin función pues el arco que debería haber descansado sobre ella se apoyó finalmente en una ménsula.

Junto a la capilla gótica hacia los pies, se halla el muro de cierre de la torre con el acceso a las escaleras. Es un muro de ejecución muy basta, tanto como su aparejo que contrasta



Capiteles de los arcos fajones de la nave central

enormemente con la calidad de factura del resto de la obra. La iglesia tuvo coro alto, en los pies, sobre un envigado de madera tallado en sus extremos con cabezas y mascarones que fue retirado en la última restauración.

La iglesia de San Cristóbal de Luzás constituye, en conjunto, una obra muy destacable del románico oscense. Pese a que carecemos de documentación sobre ella que nos permita fecharla con seguridad, debe adscribirse su construcción al siglo XII avanzado, cuando ya los ecos del estilo lombardo se iban apagando y se introducían con fuerza las corrientes francesas y la influencia del románico jaqués. El ya lejano lombardismo solo puede detectarse en algunos detalles, como las lesenas que articulan los muros y que no llegaron a desarrollarse en los ábsides o la elevación del hastial oriental por encima de los ábsides mientras que la presencia de elementos decorativos, como el abundante ajedrezado o la escultura de los capiteles, algunos de ellos con abultado relieve, nos lleva hacia un estilo de influencia jaquesa y por tanto a fechas más avanzadas.

Por otro lado se detecta también el influjo del arte relacionado con las órdenes militares, que tuvieron presencia en Luzás, especialmente la del Hospital. Algunos símbolos esculpidos dan fe de ello, en particular la cruz de la portada sur y algunos otros motivos cruciformes tallados en los capiteles y en el canecillo del hastial de levante.

En cualquier caso se trata de una obra con personalidad propia que no cabe adscribir a ninguna corriente concreta sino a la mezcla de varias influencias conjugadas con un planteamiento particular que muestra concomitancias con las soluciones arbitradas, sobre todo, en el cercano monasterio de Alaón. Comparte con la iglesia de este último no solo la concepción espacial y los sistemas de soporte y separación entre las naves, sino, muy destacadamente, la singular disposición de los soportes en el tramo de los pies, con capiteles de iconografía muy similar o detalles decorativos como los frisos de esquinillas y el taqueado conseguido a base de colocar pequeñas piezas al tresbolillo. Si Alaón significa un paso adelante en la evolución del lombardismo hacia el románico

de influencia francesa, Luzás puede constituir otro avance en esa evolución, que progresivamente va dejando atrás la sobriedad arquitectónica y los sistemas estructurales del siglo XI para optar por otro tipo de soluciones que dan cabida a la decoración esculpida y a espacios más diáfanos.

Texto: MSM - Fotos: AGO - Planos: IAT

Bibliografía

AA.VV., 1996c, pp. 494-499; ARAMENDÍA, J. L., 2001a, pp. 77-81; ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M., 1982, pp. 276-278; GALTIER MARTÍ, F., 1989a, pp. 271-282; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 3, pp. 43-50; UBIETO ARTETA, A., 1984-1986, II, p. 808; VILLANUEVA ASTENGO, J., 1803-52, XV, pp. 373-374; YELA UTRILLA, J. F., 1932, pp. 17-18.

